

LA BATALLA DE LA IZQUIERDA

EN España parece haber en estos momentos tres poderes. Uno de ellos ocupa puestos no directamente gubernamentales y representa una fuerza de conservadurismo no democrático que trataría de continuar por otras vías lo que representó el régimen anterior. No está apoyado por el electorado español, pero ni siquiera puede tener esto en cuenta, puesto que no cree en la clarividencia de las masas y su doctrina esencial es la de que hay que mantener el Gobierno del país sobre unas minorías selectas —y, a ser posible, con un solo hombre—, que tienen la sabiduría de la dirección y el mando. Otro es el Gobierno propiamente dicho, basado en un partido que no es en realidad sino una conexión de grupos y personas, cuya fuerza reside en una relativa mayoría electoral no suficientemente clara, conseguida por una ley electoral no muy representativa y unos votos de apoyo en el Parlamento que no son definitivos. Tiene otra fuerza: que viene representando la opción democrática de la derecha frente a la autoritaria, y se beneficia de una manera genérica de la persistencia de una opinión pública demócrata expresada en sucesivas elecciones; y de que la apoyan centros de decisión exteriores, como es la organización occidental en general —cuyas democracias, con distintas etiquetas políticas, son de carácter conservador— y la cabeza visible de esa organización, Estados Unidos. El tercer poder está a punto de ser formado y aparece como una incógnita y una esperanza: el de la izquierda municipal. Su irrupción altera los otros dos. La izquierda municipal tiene los 1.800 Ayuntamientos más importantes del país, en los que se reúnen el 70 por 100 de la población y las dieciocho o veinte ciudades más importantes, con Madrid y Barcelona. Su debilidad consiste en que ha ganado estas elecciones sin haberse presentado como unitaria; la unidad se está haciendo después a base de la negociación entre dos partidos que muchas veces, a lo largo de la Historia, se han mostrado como hostiles y enemigos entre sí; que sus direcciones no tienen interés en hacer un programa común y que los acuerdos, por lo tanto, son coyunturales.

LA tarea que tiene que emprender este tercer poder es inmensa. No va a cambiar el régimen desde los municipios, como sucedió el 14 de abril de 1931 —bastó con el resultado de las elecciones—, pero va a tratar de equilibrarlo. Se encuentra en sus manos con un reducto importante de los otros dos poderes. El régimen anterior tomó los Ayuntamientos y las Diputaciones como base de operación; colocó en ellos sus hombres más seguros. Los "poderes fácticos" se han ejercido desde estos puestos que formaban parte de la estructura misma del régimen —"familia, municipio, sindicato"—; ahora se ven amenazados. El Gobierno los había respetado grandemente en este régimen; había utilizado sus trépanos, había colocado sus propios hombres cuando pudo, había llegado a compromisos. Al iniciar el poder municipal la iz-



quierda se ve ante la necesidad de una renovación sistemática, que va desde lo meramente espectacular —pero que puede ser tomado como provocación— de los cambios de nombres de calles —nombres sacralizados— hasta algo tan inevitable como toda la alteración en los apoyos de su autoridad y presupuesto: contratos, terrenos, explotaciones comunales, urbanización, viviendas, cultura. Y una capacidad política de primer orden: el apoyo a formas de autonomía desde Ayuntamientos y Diputaciones donde los partidos nacionalistas estarán representados y donde el aperturismo de la izquierda puede avanzar por un camino federal. Y en lo que van a encontrarse atacados de frente por el "poder fáctico" de carácter centralista y por el gubernamental, que trata, desde otro centralismo más moderado, de administrar él mismo su autonomía.

La izquierda municipal se le va a dar, por lo tanto, una batalla durísima. El Gobierno habla conseguido, sin duda, atraer relativamente a su forma democrática a quienes no lo son, explicándoles por los hechos que sus finalidades pueden conseguirse por esta vía y con numerosas ventajas. El triunfo de la izquierda en las elecciones municipales ha hecho ventear de nuevo el peligro a estos eternos desconfiados y temerosos, les ha dado un olor a chamusquina marxista. Apenas los nuevos Ayuntamientos comiencen a ejercer su labor de ruptura van a ver alcanzados sus intereses morales y materiales. Van a pasarle factura de todo ello al presidente Suárez: van a explicarle que la única seguridad es la que ellos ofrecen, a sacar su vieja teoría del kerenskismo y a exigirle mayores garantías. No parece que Suárez pueda gobernar sin ellos: les ha tenido muy en cuenta desde su primer momento. Si no puede ofrecerles una domesticación de la izquierda por medio del consenso como ha hecho hasta ahora, y si no puede, naturalmente, apoyarse en la izquierda, que ha comenzado a perder parte de su sentimiento de inferioridad, no le queda más recurso que inclinarse hacia la derecha. Ya lo ha hecho con la formación del nuevo Gobierno, después de mostrarlo con el debate de investidura; puede acentuarlo con el nombramiento de altos cargos que se está esperando para después de la tregua pascual.

LA PEQUEÑA HUIDA

El desasimio del español por la realidad es cada vez más extraño. La estampida de Semana Santa ha sido un espectáculo alucinante, desde un punto de vista sociológico. Dejando atrás enfermos e impedidos, animales domésticos, trabajos urgentes, amores que comenzaban, pleitos trascendentales, los españoles han dado lo que se llama en andaluz autonómico y taurino "la espantá". Los políticos han suspendido la urgencia de la salvación de la Patria, las embarazadas han aplazado sus partos, las letras de cambio, su eterno ir y venir. Cada español, como un Gauguin en busca de su Tahití.

Pero Gauguin no regresó nunca más. El español, sí. Al empezar la semana no santa todo ha sucedido como en las películas giradas al revés, como si estuviesen atados con un elástico que tirase de ellos hacia su lugar de origen. Y ya están todos aquí, quejándose de la economía que no funciona, de los negocios que quiebran, de la falta de trabajo, de la ineptitud de los otros, del desinterés o el desencanto de la colectividad, del precio de la gasolina; dispuestos al "lock out", a la huelga, a la crítica dura y áspera. Quejándose de todo aquello que acaban de agravar de una manera extraordinaria, del despilfarro que acaban de cometer. Denostando una realidad de la que huyen, a la que no quieren asistir. Porque la realidad la deben hacer los otros, y gozar de ella uno mismo.

Pero ya pasaron los tiempos en que los otros eran los judíos y los moriscos. Uno de los más misteriosos rasgos del desasimio español por la realidad fue la expulsión de los que trabajaban la tierra y la artesanía, de los que estudiaban e investigaban, de los que cultivaban la ciencia y las finanzas. Cuando se encontró hidalgo y solo, pobre y caballero, con la religión a salvo y la panza vacía, el español emprendió una de sus grandes estampidas: hacia América, a ver si allí encontraba alguien que trabajase por él. Para ser un país de señores, un pueblo de amos, antes de que soñara con ello Nietzsche y, luego, Hitler —el sueño del "herrenvolk"—. Pero ya se sabe que aquello también salió mal.

Quizá sea algo que el español lleva "en la masa de la sangre", como dice el pueblo. Algo que le impulsa a huir, a escapar de lo cotidiano. Quizá el sueño imposible de huir de sí mismo; o a la inversa, de buscarse a sí mismo. La posibilidad de escapar de uno mismo o la de encontrarse a sí mismo son mínimas cuando el final provisional del viaje es el chalé de la sierra, la casita de la costa, el hotel de Benidorm o un caserón muy barato que ha alquilado en Riaza. Pero, de todas maneras, parece que hay que intentarlo. Con la fuerza de un ave migratoria. Quemando miles y miles de litros de petróleo árabe, estrellándose en las carreteras, asaltando los aviones y los trenes.

Como escapando de una gran catástrofe, de la que al final nadie huye: la catástrofe de la vida cotidiana. ■

POZUELO

Reunión de las ejecutivas del PSOE y PCE del País Valenciano, en busca de acuerdos en el campo municipal.

PERO puede hacerlo, aún más, con una guerra abierta a los municipios de la izquierda. El Estado, por el empujón de Constitución y por el desarrollo que vaya a darla, puede hacer muchas cosas. Desde limitar presupuestos hasta fiscalizar minuciosamente los municipios por la vía de los gobernadores civiles; desde dictar una Ley de Bases de Administración Local restrictiva de los poderes municipales hasta "castigar" a las ciudades "rojas" y premiar a las "nacionales". Puede convertir en épicas las sesiones de los municipios. Y puede presionar, como sea, sobre los partidos del pacto municipal para conseguir su disociación.

LAS Alcaldías de la izquierda, aunque se estén presentando de antemano como moderadas y adviertan claramente que no van a hacer la revolución, no pueden, ni deben, ni desean llegar a una atonía o una timidez que les descalifique; si el entusiasmo que se habla perdido se ha ido recuperando ante la esperanza, no pueden dejar caer de nuevo al hombre de izquierdas en el "desencanto". El mismo resultado de resquebrajamiento tendría la pérdida de la pequeña unidad conseguida. Sería un suicidio. Aunque tampoco pueden conseguir inmediatamente resultados óptimos: la fuerza de arrastre de las grandes ciudades, la mala calidad de vida urbana, son hechos consumados que difícilmente se pueden rectificar en un día ni en muchos años: en España como fuera de ella. Van a ser atacadas por ahí: por la tendencia crítica del ciudadano despechado como por la propaganda de las distintas derechas, que, sin embargo, han sido las creadoras de la mala calidad de vida en las ciudades.

LA etapa que se inicia es, por lo tanto, de lucha entre unas formas de poder que se van a radicalizar hacia la derecha, y de una manera acelerada, y un poder municipal de la izquierda que no va a tener capacidad de aplicar sus propias soluciones ideológicas —socialización, municipalización, colectivización— por la estructura general del Estado, pero que de ninguna manera pueden dejar las cosas como están. Es una encrucijada. Pero ahora, por la fuerza de las cosas, en esta irrupción municipal está toda la esperanza de la izquierda política, para lo inmediato y para el futuro electoral. No se la puede dejar perder. ■